

F1232

E6

V.2



FONDO HISTÓRICO
RICARDO COVARRUBIAS

157120



15 Y 16 DE SEPTIEMBRE DE 1910.

I.

La conspiración de Valladolid, en favor de la Independencia de México, había quedado mal apagada y puede decirse que renació en Querétaro, en donde desde luego contó con el apoyo del Corregidor Domínguez y su mujer, la célebre Doña Josefa Ortiz.

Con el nombre de Academia Literaria, se estableció en esa ciudad una reunión, cuyo verdadero objeto era trabajar por la Independencia. En la casa de un Licenciado Parra se celebraban también juntas secretas con el mismo objeto, tomando en ellas parte el mismo Parra, los Lics. Lazo y Altamirano, Allende, Aldama (que iban desde San Miguel), el Capitán Arias, de Celaya, Lanzagorta, Epigmenio y Emeterio González, y otros de menor importancia.

El Cura de Dolores, Don Miguel Hidalgo, fué alguna vez á Querétaro; pero, poco satisfecho por entonces de los medios con que contaban los conspiradores, no quiso tomar parte en sus trabajos, haciéndolo más tarde, cuando los informes que recibió de Allende fueron más satisfactorios.

Habiendo seguido sus trabajos los conjurados de Querétaro, y por circunstancias que sería largo referir, Garrido en Guanaxuato y Arias en esa última ciudad, denun-

ciaron la conspiración, y se verificaron varias prisiones, de todo lo cual recibió Allende aviso en San Miguel, así como también de que se había librado orden de prisión contra él.

Inmediatamente, y de una manera oculta, se dirigió á Dolores á toda prisa, para comunicar á Hidalgo lo sucedido, permaneciendo con él la noche del 14 de Septiembre y todo el día 15, sin saber qué hacer ni resolverse á nada.

Hidalgo concurría todas las noches á la casa del Subdelegado Rincón, para jugar allí con otros vecinos principales de la población, partidas de mus y otros juegos de cartas. El Cura de Dolores tenía la suya con Doña Encarnación Correa, esposa de Don Ignacio Díez Cortina, español, encargado de los diezmos, y con quien aquella se había casado hacía pocos días, teniendo sólo once de llegados ambos á Dolores.

Hidalgo era antiguo amigo de esta familia, y aun parece que á él debió Cortina el empleo, pues tomó grande empeño en que se lo diera, saliendo á recibirlo y obsequiándolo con una buena comida el día que fué á hacerse cargo de él.

Aquella noche—la del 15—Hidalgo asistió, como de costumbre, á la tertulia, y se estuvo jugando con dicha señora y con otra llamada Doña Teresa Cumplido, hasta que á eso de las diez, le avisaron que lo buscaba una persona que quería hablarle, y que lo esperaba en el zaguán.

Bajó el Cura, habló con el que lo buscaba, y volvió á la sala, continuando su juego hasta las once, que era la hora en que acostumbraba retirarse. Al hacerlo, pidió á su amigo Cortina \$200.00 prestados, los que éste hizo que le entregase su mujer, que lo llevó á tomarlos á la pieza donde estaba guardado el dinero del diezmo.

Marchado Hidalgo, todos se recogieron en aquella casa, muy ajenos de lo que había de sucederles pocas horas después.

II.

Aldama, que como queda dicho, era uno de los principales conjurados, llegó á Dolores á las dos de la mañana del 16 de Sep-

tiembre, y desde luego pasó á la casa del Cura, para tratar de las prisiones de Querétaro.

Hidalgo se había ya recogido; pero Aldama y Allende, por la urgencia del caso, resolvieron despertarlo, dirigiéndose con ese objeto á su recámara. El Cura se incorporó, mandó se sirviese chocolate al recién llegado, y oyendo mientras se vestía, el relato que se le hacía, al calzarse las medias, interrumpió á Aldama, diciéndole:

—Caballeros, somos perdidos. Aquí no hay más recurso que ir á coger gachupines.

Horrorizado Aldama con tal idea, le replicó:

—¡Señor!, ¿qué va usted á hacer? Por amor de Dios, que vea lo que hace.

Y se lo repitió dos veces.

Pero Hidalgo había tomado ya su resolución, y ejecutarla fué cuestión de pocos minutos.

Acompañado de su hermano Don Mariano, de Don José Santos Villa, á quienes mandó llamar, de Allende y de Aldama, y de diez hombres más que había en su casa, se dirigió á la cárcel é hizo poner en libertad á los reos, amenazando con una pistola al Alcaide que trató de resistir.

Así se reunieron hasta ochenta hombres, que fueron armados con las espadas de un Regimiento, cuyo cuartel se franqueó.

Allende y Aldama, por orden del Cura, marcharon á la casa de Rincón, de donde Hidalgo se había retirado hacía apenas cuatro horas, y haciéndola abrir, lo aprehendieron. No se detuvieron allí, sino que se dirigieron en seguida á la habitación que en la misma casa ocupaban Cortina y su mujer, y entrando en la recámara en que dormían, los despertaron, produciendo esto en ambos esposos el natural sobresalto.

Intimó Allende á Cortina á que se diese preso; mas queriendo éste tomar sus pistolas, Rincón, á quien llevaban maniatado, le dijo que toda resistencia era inútil, y que con ella no haría más que perderse.

Entraron inmediatamente los aprehensores á la pieza de donde Hidalgo había sacado los 200 pesos que pidió prestados á Cortina, y tomaron todo lo que había.

La gente que en aquellos momentos acompañaba á Allende, saqueó de tal manera la habitación de Cortina, que no le dejaron á él y á su esposa más que la ropa que tenían puesta.

III.

Entre tanto, Don Miguel Hidalgo había hecho tocar las campanas de la Parroquia, como llamando á misa, pues era domingo y en ese día se decía á la madrugada.

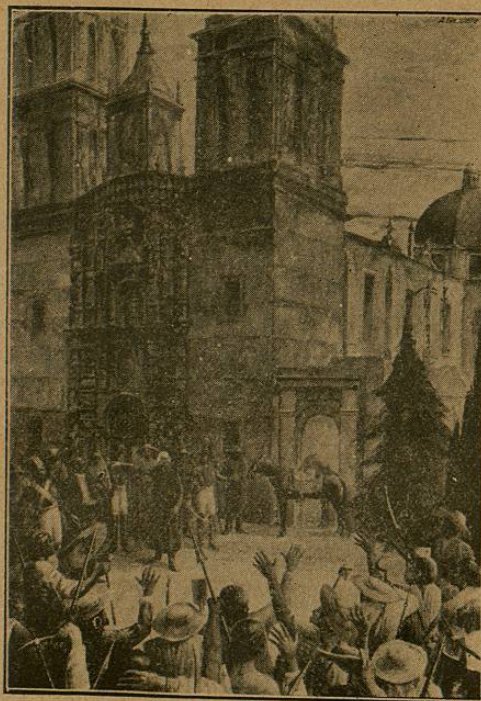
El P. Sacristán mayor de la Parroquia, Don Francisco Bustamante, español, en cumplimiento de su obligación é ignorando lo que pasaba, iba á decir la misa; pero fué aprehendido por el padre Don Mariano Balleza, que era el Vicario, quien le quitó las vestiduras sagradas de que había empezado á revestirse, y lo llevó á la cárcel.

En el pueblo reinaba ya el más espantoso desorden. Puestas en conmoción las masas, corrían á saquear las casas de los españoles, cometiendo los mayores atropellos y encerrando á aquéllos en la cárcel. Entre éstos desgraciados figuraban los que hacía pocas horas habían estado en la misma sala de diversión, con su Cura, á quien trataban con intimidad y con quien muchos tenían las relaciones y el vínculo de compadrazgo, tan comunes en los pueblos entre feligreses y Párroco.

Por orden de éste, y á ciencia y paciencia suya, se vieron aquella noche privados de su libertad, despojados de sus bienes, arrancados del seno de sus familias, y conducidos á la prisión, de donde acababan de salir los criminales.

Hidalgo mandó juntar á los principales vecinos, y estando reunidos en su presencia, les dijo:

—“Ya ustedes habrán visto este movimiento; pues sepan que no tiene más objeto que quitar el mando á los europeos, porque éstos, como ustedes sabrán, se han entregado á los franceses, y quieren que corramos la misma suerte, lo cual no hemos de consentir jamás, y ustedes, como buenos patriotas, deben defender este pueblo hasta nuestra vuelta, que no será muy dilatada, para organizar el gobierno.”



La madrugada del 16 de Septiembre de 1810
en Dolores

De la Colección de Postales de Buznego y Cía.

Los vecinos se retiraron sin dar respuesta alguna. (*)

IV.

Todos creían que Hidalgo, con su gente, que montaba ya á unos 300 hombres, reunidos en el mismo pueblo de Dolores, y en las haciendas inmediatas, se dirigiría á Guajuato, ciudad principal, donde residía el Intendente Riaño, y que por su riqueza ofrecía abundante botín á los improvisados revolucionarios.

Mas no fué así, y el mismo día 16 partió para San Miguel.

Antes de marchar, puso en libertad á Rincón, ordenándole que se fuese á Valladolid.

A todos los demás españoles, en número de diecisiete, se los llevó consigo, montados en las mulas del diezmo.

La esposa del desventurado Cortina, solicitó con empeño ver al Cura en aquel día, para obtener alguna más comodidad en favor de su marido; pero no consiguió hablarle, y Cortina siguió la suerte de los demás.

Al pasar por el Santuario de Atotonilco, Hidalgo, que, según parece, hasta entonces no tenía plan ni idea fija sobre el modo de conducir la revolución, vió casualmente en la sacristía un cuadro de la Virgen de Guadalupe, y juzgando que le sería útil apoyar su empresa á la devoción tan general á aquella imagen, lo hizo suspender de la asta de una lanza, y así vino á ser desde aquel momento el lábaro ó bandera sagrada de su ejército.

Hidalgo llegó con su gente á San Miguel al anochecer del día 16, entrando á la ciudad sin encontrar ninguna resistencia.

Repitieronse los mismos desórdenes que en Dolores: las casas fueron saqueadas y reducidos á prisión los españoles, á algunos de los cuales de nada les sirvió, para escapar, el ser amigos de Aldama y Allende, y aun el existir motivos de reconocimiento por parte de éstos. Todos fueron á engrosar

(*) Copiado textualmente de la declaración de Abasolo en su causa.

la cuerda de presos que iba en pos del ejército.

El mismo Hidalgo, desde el balcón de la casa donde estaba alojado, tiraba al pueblo las talegas de pesos, gritando:

—“Cojan, hijos, que todo esto es suyo.”

También en San Miguel los presos de la cárcel fueron puestos en libertad.

Tales son los principales sucesos que acaecieron el 15 y 16 de Septiembre de 1810.

LUCAS ALAMAN.



COMIENZO DE LA LUCHA.

I.

En 1809 varias personas habían formado en Valladolid una conspiración que tenía por objeto reunir en México un Congreso para gobernar la Nueva España en nombre de Fernando VII, en el caso de que la Península sucumbiera bajo el poder de los franceses, lo cual, con una ligera desviación, debía conducir á la Independencia del país. La revuelta había de comenzar en Valladolid el 21 de Diciembre, y en la mañana del mismo día fueron presos los conspiradores. Formóseles causa, y ellos tuvieron tan buenas artes para defenderse, que nada serio resultó en su contra; fueron puestos en libertad y no se prosiguió en las actuaciones del proceso. Pero la conjuración solapada de Valladolid se refugió en Querétaro, allí cobró fuerzas; la protegía el Corregidor Don Miguel Domínguez, y reclutaba partidarios en 1810, mientras llegaba el término de mostrarse abiertamente. En qué tiempo se alistó Hidalgo entre los conspiradores y cuáles motivos le impulsaron á ello, se ignora; sin poder adivinar y falto de datos para inferir, habremos de contentarnos con lo que él mismo dice en las declaraciones de su causa. Conforme á ella, trataba con Allende, “con quien había tenido anticipadamente varias conversaciones acerca de la Independencia, sin otro objeto por su parte que el de un puro discurso;

pues sin embargo de que estaba persuadido que sería útil el reino, nunca pensó en entrar en proyecto alguno, á diferencia de Don Ignacio Allende, que estaba pronto á hacerlo, é Hidalgo tampoco lo disuadía; pues lo más que llegó á decirle en una ocasión, fué, que los autores de semejantes empresas no gozaban del fruto de ellas." Hidalgo, pues, sabía la conjuración, mas no se filiaba, y así corrió el tiempo, hasta que á principios de Septiembre de 1810, Allende le envió una carta de Querétaro, rogándole con instancia fuera á aquella ciudad, por ser de mucha importancia; marchó Hidalgo, en efecto; y le fueron presentadas por Don Ignacio algunas personas de poco valor, con tan mezquinos recursos, que aquél lo juzgó todo en poco momento, volviéndose á su Curato, de donde escribió que no contaran con él para nada. Fuese que Allende no quisiera al principio descubrir los elementos de los conspiradores, ó que hubieran adquirido otros nuevos después, tornó á escribir desde San Miguel el Grande, pintando tan bien el buen estado del negocio, que Hidalgo se decidió y comenzó á trabajar en el logro de la empresa, mandando construir como veinticinco lanzas en el pueblo de Dolores y en la hacienda de Santa Bárbara, y poniéndose en comunicación con Juan Garrido, tambor mayor del batallón de Guanajuato, y con dos sargentos del mismo Cuerpo, para ganar aquella tropa. Muchos sucesos parecen éstos para tan corto tiempo; habremos, sin embargo, de admitirlos, sin echarnos á cavilaciones y á cálculos basados sobre ligeros indicios, supuesto que ésta es la relación del mismo interesado.

II.

Entre tanto, la conspiración fué descubierta á las autoridades por algunos traidores, y los conjurados fueron reducidos á prisión. Hidalgo supo vagamente de la denuncia hacia el 12 ó 13 de Septiembre, y mandó llamar de luego á luego á Allende, para conferenciar acerca de lo que había de hacerse; éste llegó á Dolores la noche del 14, y ni en ella ni en todo el día 15, que

permanecieron juntos, resolvieron cosa alguna. Doña Josefa Ortiz, esposa del Corregidor Domínguez, una de las personas más empeñosas para la revolución, mirando descubierta en Querétaro la trama, mandó un expreso á San Miguel el Grande para dar la nueva á Allende, á fin de que los comprometidos se pudiesen en salvo: el correo llegó á su destino al amanecer del día 15, y no encontrando á la persona á quien iba dirigido, entregó su misiva á Aldama. Este salió apresuradamente de San Miguel, anduvo el camino recatándose, y entró en Dolores á las dos de la mañana del día 16: todos dormían en la casa del Cura; tocó, consiguiendo le abrieran; ya en la casa habló apresurado con Allende, y ambos entraron á la recámara de Hidalgo. Al ruido, el anciano se incorporó en la cama, dió orden para que sirvieran chocolate al recién llegado, y comenzó á vestirse oyendo la relación que le hacía Aldama; al calzarse las medias, interrumpió diciendo:

—“Caballeros, somos perdidos; aquí no hay más recurso que ir á coger gachupines.”

Aldama repuso:

—“Señor, ¿qué va usted á hacer?... Por amor de Dios que vea lo que hace,” y lo repitió dos veces.

Hidalgo permaneció inflexible y acabó de vestirse. Las horas pasadas en compañía de Allende no fueron de provecho; el peligro era incierto, se consideraba tal vez como remoto, y corrió el tiempo en pláticas inútiles; cuando hubo seguridad del daño y la pérdida fué inminente, no quedó otro recurso que tomar una resolución pronta, propia de las circunstancias. Sin ánimo de exagerar, sin otro intento que el de dar á cada uno lo que le pertenezca, debemos convenir en que Hidalgo se mostró grande en aquel momento: su primer intento no fué recurrir á la fuga; su carácter sacerdotal lo ponía al abrigo de la muerte por una conspiración abortada, y casi ninguna cosa tenía que temer de la violencia; tenía grandes probabilidades de salir á salvo en la tormenta; sin embargo, se decidió á combatir por sus ideas, sabiendo que los conjurados estaban presos, y rotos, por lo mismo, los hilos de la revolución; que los com-

pañeros que le quedaban estaban aterrados; que no tenían fuerzas ni armas que oponer á sus perseguidores; que corría á una muerte segura, pues él mismo había repetido, que los autores de semejantes empresas no gozaban de los frutos que producían. Sin elementos de ninguna clase, sin plan, sin combinación, saltar resueltamente á la arena para combatir, sólo podía ser obra de una alma de buen temple, por más descabellado y loco que el paso se suponga. Mas sea de ello lo que fuere, la resolución de Hidalgo fué de inmenso resultado para los destinos de nuestra patria; fué la pequeña causa de que resultan las grandes consecuencias; una de las acciones que influyen en el adelantamiento y en el progreso de la humanidad.

Hidalgo, ya vestido, hizo llamar á su hermano Don Mariano y á Don José Santos Villa, y con ellos, Aldama, Allende y diez hombres armados, salió de su casa y se dirigió á la cárcel, amenazó al Alcaide con una pistola para que pusiera en libertad á los presos, y logrado el objeto, reunió hasta ochenta hombres, á quienes dió por armas las espadas de las Compañías del Regimiento de la Reina, que estaban en el pueblo, y entregó al sargento Martínez. Era domingo, y más temprano de lo de costumbre, se llamó á misa en la Parroquia: ocurrieron los habitantes y los rancheros de las cercanías, de los cuales muchos tomaron parte en la revuelta, de modo que bien pronto los insurgentes formaron un número de trescientos hombres. Aprehendieron al Subdelegado Rincón y á diez y siete españoles, y quedaron dueños de la población sin la más mínima resistencia. Comenzaba la lucha por la Independencia.

J. M. LAFRAGUA.



GRANADITAS.

I.

Los acontecimientos del año de 1808 en España, á causa de la invasión del ejército del Emperador Napoleón, habían llenado de luto á Madrid en el célebre 2 de Mayo de aquel año. El sacrificio heroico de los oficiales de artillería "Daoiz" y "Velarde," había exaltado el patriotismo caballeresco de los españoles, y las medidas violentas del gran Duque de Berg, "Murat," los había irritado tanto, que el mismo Napoleón se las desaprobó, previendo las funestas consecuencias que le trastornarían sus planes. El resultado fué que la España se levantó en masa á vindicar los ultrajes inauditos con que se le humillaba y faltaba á la buena fe y á la confianza que se había depositado en aquel ilustre guerrero. Dos faltas perdieron á Napoleón: la traición á la lealtad castellana, y la ingratitud con la generosa Polonia. Jamás la alta política, con cuantos recursos pueda ministrar la diplomacia, podrá disculpar á los hombres del poder que se olvidan de los deberes que les prescribe la moral.

La España, reconociendo sus derechos, se lanzó á la guerra y presentó el espectáculo nuevo de salvarse un pueblo en medio de la anarquía. Se erigieron juntas con pretensiones de dominarlo todo en el interior y en ultramar; pero en medio de esas diversas ambiciones se proclamaban dos principios: "la independencia de la patria, y la libertad de Fernando VII."